

## CAPITULO VI.

Catalina no dará jamás la mano á un hombre.

SHAKSPEARE. — *La mala mujer corregida.*

Presentóse luego el almuerzo en la mesa, y los deliciosos pasteles de flor de harina y miel, cocidos en su punto, bien calentitos, todo según la receta casera, merecieron los aplausos, que no podían dejar de dar á la pastelera unas personas tan en favor suyo como un padre y

un amante; pero lo que dió la mas irrefragable prueba del buen condimento, fué la bellissima disposicion y apetito con que se comieron, pues asi sucede tratándose de comer pasteles, tortillas ó pepitorias. Reinó el mejor humor del mundo durante el desayuno y se habló mucho; risa continua, y ciertas chanzas alegres fueron materia que ocupó á todos sin exceptuar á Catalina, restituida poco despues del lance á su calma natural, y tan luego como se vió en el sitio propio de las muchachas caseras y hacendosas cual es la cocina, donde revestida de ama y señora dirigia los preparativos del almuerzo con una destreza singular. Hay razones muy poderosas para dudar hubiera producido en su espíritu tan maravilloso efecto el pasage mas selecto de Séneca, como el que hizo la ocupacion doméstica. La vieja Dorótea se colocó al extremo de la mesa segun el uso de aquel tiempo. Los dos amigos se divertian de tal modo en su conversacion, y Catalina se ocupaba tanto en escucharlos ó en reflexionar, que la vieja fué la primera en advertir la ausencia de Conachar.

— Dices muy bien, respondió Glover, ve y llámale, haz que se presente ese montañés holgazán. No se ha dejado ver en la bulla de anoche, ó por lo menos no me acuerdo haberle visto. ¿Saben vms. si anduvo tambien á trancazos?

La respuesta fué negativa, y Enrique dijo:

— Estos montañeses saben muy bien lo que les tiene cuenta, y se meten como los gamos en las madrigueras, cuando ven próximo el peligro, cuidando de salvar sus pieles como de quitarlas á las bestias para venderlas.

— Pero tambien hubo tiempos, Enrique, de que pueden gloriarse los montañeses; pues que ni el rey Arturo, ni toda su mesa redonda pudieron hacerles frente: tuviera mucho gusto en oírte hablar con algo mas respeto de estas gentes, porque como frecuentan nuestra ciudad en cuadrillas y separados, pienso te seria ventajoso vivir en paz con ellos; puesto que todavía no te han declarado la guerra.

Estaba ya dispuesto el armero á responder echando bravatas, pero se contuvo por prudencia.

— Ya sabe vm., padre mio, que los artesanos

preferimos á las gentes que nos dan á ganar el pan. Como mi profesion es de trabajar para los caballeros, escuderos, pages, soldados y otros á este modo, gente toda de armas llevar, es muy natural haga yo mas aprecio de los Ruthven, los Lindsay, los Ogilvie, los Oliphant, y de muchos otros tan honrados como ilustres vecinos, cubiertos con armaduras hechas por mi mano, que de esos salteadores montañeses, que andan casi en pelota, y que no piensan sino en hacernos mal y daño; y tanto mas que apenas se pueden contar cinco en cada clan, que tengan una armadura mohosa, tan vieja como el pingajo llamado por ellos *brattach*, ó bandera, y que si tienen algo, todo ello es obra de cuatro chapuceros, que trabajan en el ramo de armas poco y malo, todos de sus clanes, y ninguno, miembro de nuestra respetable corporacion, machacando sobre el yunque como lo hacian sus padres, sin avanzar un paso de gallina; por lo mismo puede vm. persuadirse, no deberá nunca mirarlos bien un artesano acreditado, y que sabe su arte por principios.

— Grandemente, muy bien; pero no digas mas por ahora; porque viene aqui ya nuestro dormilon, y aunque sé muy bien es hoy dia de fiesta, no quiero mas morcillas, porque se hacen con sangre; bueno está lo bueno, hijo mio.

Entró Conachar á este tiempo, pálido, los ojos encendidos y todo él como pensativo y agitado; sentóse al extremo de la mesa, frente á frente de Dorotea y se santiguó, como quien acaba de levantarse: al ver que no echó mano á nada, Catalina le dió el plato con los tan aplaudidos pasteles. Por el pronto rehusó la oferta con aire desdeñoso y con mala gracia; pero cuando ella instó sonriéndose, tomó un pastel, partióle y habiéndole mordido, le tragó con tanta repugnancia, que no probó á tomar otro bocado; entonces le dijo su amo en tono festivo:

— Mala gana tiene vm. de almorzar para un dia como el de San Valentin, Conachar; pero no me parece será por estar desvelado, pienso que ha dormido vm. muy bien la noche pasada, suponiendo como debo, no habrá oido la trisca que hubo frente á nuestra casa, pues que no

le vi como debiera puesto á mi lado con el puñal en mano, como buen montañés, tan luego como sonara el primer golpe de alarma.

— No he oído, respondió suspirando el joven, sino un ruido confuso; creí fuese alguno, que se divertía en meter bulla, y así no me pareció debía moverme, pues que vm. me prohibió abrir puerta ni ventana en casos tales, y el alarmar la familia por locuras de mozos.

— Bien; pero yo pensaba sabría distinguir un montañés el chischas de las espadas del sonido de los instrumentos, los gritos de los combatientes de las voces alegres y festivas; pero dejemos eso, y me alegro mucho vayas olvidando los hábitos de quimerista, almuerza presto, que tengo bastante obra en que ocuparte, y toda ella corre prisa.

— Ya concluí mi desayuno y yo también tengo prisa, porque me marcho á las montañas; si vm. tiene algun encargo que darme para mi padre, ¿digamele vm.?

— No, respondió Glover sorprendido; ¿pero estás loco, muchacho? ¿Por qué te piensas ir tan ligero como el viento?

— Se me ha dado la orden de partir, cuando menos lo esperaba, respondió como tartamudeando por la dificultad con que hablaba una lengua para él extraña\*, ó tal vez por algun motivo secreto, lo que no parecia muy facil de distinguir, tengo que asistir á una cacería... y con esto calló.

—¿Y cuando piensa vm. volver de esa dichosa cacería? en caso que yo pueda preguntarlo.

— No puedo decirlo á punto fijo... puede ser que no vuelva mas, si en ello viniere mi padre, respondió el aprendiz con cierto aire de indiferencia.

— Creía yo, dijo Glover muy serio, que todo eso estaba ya olvidado, cuanto mas concluido; pues que si á fuerza de súplicas le recibí á vm. en mi casa, pensé que encargándome, lo que no apetecía mucho, de enseñarle á vm. un oficio honrado, no se hablaría ya mas de caza, reunion de clan, excursiones ni cosa que lo valga.

\* Tienen los montañeses su idioma particular, el *Gaelico*, que no es ni el inglés, ni el escocés.

— Cuando me mandaron venir con vm., contestó el joven con altivez, no me consultaron sobre tales cosas para saber si me acomodaba ó no, y nunca tuve noticia de las condiciones.

— Pero yo puedo asegurar á vm., señor Conachar, repuso Simon muy enfadado, que no es cosa capaz de hacerle honor haberse comprometido conmigo, respetable artesano, en clase de aprendiz, y como tal haberme roto y estropeado mas pellejos que puede valer el suyo, y marcharse sin mas ni mas cuando podia serme de algun provecho; disponiendo á su arbitrio del tiempo como si fuera suyo, cuando solo es de su maestro.

— Dé vm. parte á mi padre y él pagará un carnero de Francia\* por cada cuero de los que yo desperdiçé, y un buey ó vaca gorda por cada dia que falté al trabajo.

— Concedido; acepte vm., amigo Glover, dijo con sequedad Enrique; vm. quedará, sino muy honradamente pagado, por lo menos

\* Antigua moneda de oro francesa, llamada así, porque traia la figura de un carnero.

grandemente; pero me alegrara saber cuántas bolsas se vaciaron para llenar el sporrán\* de piel de cabra, de donde debe sacarse el oro para dársele á vm. tan liberalmente, si le han de pagar á vm. daños y perjuicios; así como tambien de qué valles vendrán las reses.

— Ah sí; vm. me recuerda la cuenta que tenemos por ajustar, dijo Conachar muy altanero.

— No te acerques á mi, donde alcanza el brazo, dijo Enrique, extendiendo el suyo vigoroso; porque no quiero nada contigo de mas cerca, ni me acomoda batirme á picazos de alfileres, porque no hago caso de picadura de abispa, ni permito se me acerque tal insecto, cuando le conozco cerca por el zumbido.

Sonrióse con desprecio Conachar: — No trataba de hacerte mal ninguno, dijo; pues que no te ha hecho sino un honor que no mereces vertiendo el hijo de mi padre la sangre de un

\* El bolsillo de los montañeses, por lo comun de piel de cabra, y llevado delante, se llama *sporrán* en su lengua. (N. D. T.)

villano como tú. No dudes te la pagaré tanto por gota, para que despues de seca, no me empuerque mas los dedos.

— Calla, mico rancioso y fanfarron, dijo el armero; la sangre de un honrado y un valiente no se paga con todo el oro del mundo. La sola reparacion seria venir á una milla distante de tus montañas, en las tierras bajas, con dos de aquellos valentones de tu clan, y en tanto que yo me batiese con ellos, daria el encargo de corregirte á mi aprendiz Jankin.

Catalina, tomando parte con eficacia en la disputa, dijo: — Silencio, mi fiel Valentin; pues como tal puedo mandarle, y vm. tambien, Conachar, chiton, que debe vm. obedecerme por hija de su maestro; no se debe suscitar una pendencia que se supone adormeci6 la noche.

— A Dios, señor maestro, dijo Conachar, despues que volvió los ojos con desprecio hácia Smith, á lo que contestó este con una carejada de risa. Quede vm. con Dios, y muchas gracias por los favores que le debo, y que yo no merecia; y si yo no me he mostrado tan agradecido como era justo, debe vm. culpar á las

circunstancias, pero de mi parte nunca hubo mala voluntad. Catalina... Ech6la una mirada penetrante, que indicaba sentimientos de varias clases; vacil6 como si tuviera que decir alguna cosa, se volvió enfin, añadiendo la sola palabra: — A Dios....

Present6se de nuevo, cinco minutos despues, con sus botines montañeses, un lio debajo del brazo y sali6 de casa, dirigiéndose á la puerta de Perth que cae al norte, y tom6 el camino de las montañas.

— Hele ahí; ya se march6 tan vanidoso y miserable como un clan entero de montañeses, dijo Enrique. Lo mismo vomita piezas de oro que yo hablaria de piezas de plata, y sin embargo juraria cabe muy á gusto en un dedo pulgar del guante de su madre todo el tesoro de su clan.

— Es muy probable, respondi6 el guantero riéndose de la ocurrencia, y tanto mas que su madre tenia la mano gruesa.

— Y en cuanto á eso de reses, no puedo menos de pensar, que su padre y hermanos roban los carneros uno á uno.

—Será lo mejor, dijo Glover en tono grave, que hablemos en esto lo menos posible. Lo primero él no tiene ningun hermano.... su padre es un hombre poderoso.... y de grande influencia; sabe extender sus brazos largos todo lo que puede, y oye á tanta distancia, que pienso no debemos hablar de él.

— ¡Y á pesar de todo ha puesto de aprendiz á su hijo único en casa de un guantero de Perth! Hubiera creído, añadió Enrique, le fuese mas conveniente la honrosa profesion de San Crispin; y que si el hijo de algun gran *Mac* ú *O'*\* hubiera de ser artesano, no deberia verificarlo en oficio que no fuera sino el de zapatero, como del que dieron ejemplo los príncipes mismos.

Esta observacion, aun hecha por Smith en un tono irónico, despertó en nuestro amigo Glover todas las ideas por él formadas, en cuanto á la dignidad de su profesion, ideas,

\* El *Mac* ú *O'* (hijo de) entra muchas veces en los nombres gaélicos de Irlanda ó Escocia. (N. D. T.)

que por lo general caracterizaban á todos los artesanos de aquella época.

— Está vm. muy equivocado, hijo mio, respondió el guantero muy serio; la profesion de guantero es mas honorifica que la otra. El guantero trabaja para las manos, en tanto que los maestros de obra prima y los remendones trabajan solo para los pies.

Entonces, replicó el armero cuyo, padre fué uno de tantos diciendo:

— Estos son miembros tan necesarios al cuerpo como las manos.

— Así será, contestó Simon, pero no son tan nobles, mire vm. bien que nos damos las manos en señal de buena fe y amistad, los pies no tienen este mérito. Los valerosos y honrados se baten con las armas en las manos, los cobardes se valen de los pies para huir. Los guantes están en un lugar elevado, un zapato se planta en el lodo. Se saluda con la mano abierta, y se ahuyentan con el pie los perros, ó al hombre despreciable como un perro. Un guante á lo alto de una pica es la prenda de buena fe por todo el mundo, como un guante tirado al suelo

es llamar al desafio entre caballeros, y si lo he de decir todo, no veo pueda ser emblema de nada un zapato viejo; como no sea cuando algunas buenas viejas se le tiran á un hombre hácia la espalda, persuadidas á que el hecho debe proporcionarle buena fortuna: práctica que considero como una patraña y en la que no puedo tener confianza.

— Como soy, repuso el armero divertido con la elocuente apología del guantero en favor de su oficio, aseguro á vm. no seré yo quien tenga en poco la profesion de guantero: ya ve vm. que yo soy tambien fabricante de manoplas, que son guantes como los otros, aunque de acero; pero toda la dignidad de su antigua corporacion no me impide sorprenderme de que haya sufrido el padre de Conachar, aprendiera su hijo oficio alguno, sea cual fuere, de un artesano de la tierra baja; visto nos contemplan esos montañeses como los hombres mas bajos en comparacion á su grandeza de rango, y como raza de jornaleros despreciables, indignos de otro trato, que maltratarlos y robarlos, siempre que tales señores descalzos de pie y pier-

na tienen la bondad de hacernos igual servicio, conociendo pueden lograrlo sin exponerse.

— Ciertamente, continuó Simon, pero no faltan razones poderosas para..... para..... y se paró como para retener la palabra que pensó pronunciar; y añadió, para que obrase así el padre de Conachar. En cuanto á lo demás, cumplí por mi parte, cuanto le tenia prometido, y no dudo se conduzca bien conmigo; pero la partida repentina del hijo me incomoda lo bastante, porque tenia ciertas cosas de que cuidar..... y debo dar un vistazo en la tienda.

— ¿Puedo yo ayudar á vm., padre mio? respondió Enrique con viveza, engañado por la seriedad con que le habló el viejo.

— ¿Vm.? no: respondió Simon secamente, haciendo conocer á Enrique lo inoportuno de su proposicion, de modo que este se avergonzó de su poca presencia de espíritu en una circunstancia, que el amor debiera hacerle conocer por medias palabras cual era la intencion del viejo Glover.

— Catalina, dijo su padre, acompaña por cinco minutos á tu Valentin, y no le dejes

marchar, sin que yo vuelva; ven conmigo Dorotea que pienso me haces falta.

Salió del cuarto con la vieja, y Enrique y Catalina quedaron solos, quizá por segunda vez en toda su vida. Catalina se turbó algún tanto, y el amante anduvo poco diestro, lo menos por un minuto. Enrique por fin, revestido de todo su valor, sacó del bolsillo los guantes que Simon le habia dado, y le dijo permitiese al que le habia dispensado un favor tan singular, hacer el pago de la multa, en que habia incurrido por dormir al tiempo mismo en que hubiera renunciado al sueño todo un año por estar despierto un solo minuto.

— Pero el homenaje que hice á san Valentin no puede exigir el pago de la multa que quiere vm. pagar; y no puedo consentir en recibirla.

— Estos guantes, dijo Smith, acercando con tiento su silla junto á la de Catalina, las trabajó una mano de su mayor estimacion; y ve aqui, que le deben venir á vm. perfectamente. Extendiólos en la mesa, y tomando el

brazo de Catalina en su mano vigorosa, le puso el guante al lado, para que viese le vendrian bien. — He aquí este brazo torneado, he aquí estos dedos bien formados, y dígame vm. si estos guantes, y los brazos á los que únicamente pueden venir bien, deben separarse, porque los pobrecillos han estado entre manos toscas y amarillas como las mias.

— Los acepto muy gustosa, basta que vengan de mi padre, respondió Catalina, y por dármelos mi *amigo* (y se detuvo sobre esta palabra), mi Valentin y mi defensor. — Déjeme vm. ayudarle á ponerlos, repuso Smith acercándose mas á Catalina, tal vez entrarán algo justos y podrá vm. necesitar le ayuden.

— Sabe vm. muy bien hacer obsequios de esta clase, buen Enrique Gow, dijo Catalina sonriéndose, pero retirando su silla para atrás.

— A fe mia, dijo Enrique moviendo la cabeza, mas ducho estoy en poner á un caballero las manoplas, que poner un guante bordado á una muchacha.

— Entonces no daré á vm. mas trabajo, y Dorotea me ayudará; pero no pienso necesitar

á nadie, porque nunca engañaron á mi padre los ojos y los dedos en su arte, y todas las obras de su mano jamas discrepan de la medida que tomó.

— Deje vm. que me convenza por mi mismo de que vienen esos bonitos guantes á las manos para que se hicieron.

— En otra ocasion, amigo Enrique, me pondré los guantes en honor de San Valentin y del compañero que me dió por este año. ¡Quiera Dios pueda yo satisfacer á mi padre en otro punto mas importante! Por ahora el perfume de los guantes me aumenta el dolor de cabeza que tengo desde esta mañana.

— ¿Mal de cabeza? ¡querida Catalina!

— Llámele vm. mal del corazon y no se engaña, dijo Catalina suspirando, y continuó despues con mas seriedad: — Enrique, puede ser manifieste yo mas atrevimiento que debe vm. suponer he tenido esta mañana; porque quiero ser la primera en hablarle de una materia, sobre que yo deberia esperar se me hablará para responder. Pero á vista de lo que ha pasado, no debo dispensarme de decirle lo que

acerca de vm. pienso, sin exponerme á ponerle en el caso de pensar lo que no hay. No, no me replique vm. sin haberme oido antes. Vm. es valiente y mas que la mayor parte de los hombres, franco, y tambien fiel, puede contarse con vm. como con el acero que trabaja, vm.....

— ¡Deténgase Catalina, deténgase vm., por compasion á lo menos! Nunca dijo vm. tanto bien de mí sino para darme una preciosa repasata, cuyos precursores fueron sus elogios. Soy hombre de bien dirá vm. tambien, pero tambien un descabezado, un turbulento, un pendenciero, un espadachin.

— Seria tan injusta para con vm. y conmigo si yo dijera todo eso de vm.; no, Enrique, nunca fué vm. un espadachin; porque siendo tal, aunque gastara plumas y espuelas de oro, no hubiera cumplido la ceremonia de costumbre Catalina Glover, como ella la cumplió con vm. esta mañana. Si alguna vez insistí sobre la inclinacion de su genio al enojo, y de su mano al combate, fué porque quise y quiero, si pudiera conseguirlo, hacerle aborrecer los pecados de valor y enfado, de que se deja llevar con de-